

fué modesta, piadosa y resignada; permaneció fiel á los manes de este grande hombre.

¡Qué espectáculo ofrece el imperio romano despues de la muerte de César! ¡Qué desarrollo atroz toman aquellas almas ambiciosas, violentas y sin escrúpulo! En medio de esta lucha de bestias feroces, vence el tigre: el hombre frio, político, infatigable, pródigo de crímenes, y no siguiendo durante toda su vida mas que un solo impulso, el de su interes. Quiero hablar de ese Augusto que tuvo el talento cortesano de pagar y alimentar á los poetas, con esperanza de que sus infamias serian paliadas por ellos. Cabeza fria, corazon insensible, alma cobarde, pero profunda, hipócrita consumado: á la edad de diez y nueve años se puso la máscara, y no se la quitó sino hasta que estaba para morir: así es que cuando exhaló el último suspiro, exclamó: *La pieza se ha representado*. La potencia conquistada por el genio de César llegó á ser la herencia del mas diestro y del mas hábil: Marco-Antonio, el ébrio; el cobarde Lépido, le facilitaron el camino al trono. En su conducta privada con las mugeres, se mostró lo mismo que en su conducta política: interesado, cruel, sacrificando todo á sus gustos personales, sin escrúpulos y sin otra delicadeza que un no se qué de decencia exterior con que encubria sus vicios ocultos.

Desposado desde su mas tierna edad con Servilia, hija de Servilio el Isáurico, vivió con ella poco tiempo, y la repudió para contraer un matrimonio político que la unia al triunviro Marco-Antonio, su colega, y mucho tiempo su enemigo, á cuyo poder queria adherirse. Clodia, la nueva esposa de Augusto, que se llamaba entónces Octavio, era hija de aquel Fulvio que del lecho de Publio Clodio pasó al de Marco-Antonio. Comenzaba á introducirse una espantosa corrupcion en las costumbres: Marco-Antonio tan célebre por su licencia, se apasionó de Glafira, y no ocultó á su esposa su nuevo amor. Quiso vengarse Fulvia: sobre Octavio, el marido de su hija, recayó su eleccion. Veia ya Octavio disminuirse el poder de Marco-Antonio. Resolvió romper violentamente con él, y sus primeros ultrajes recayeron sobre dos mugeres, sobre su suegra que habia atrevídose á declararle su pasion, y sobre su misma esposa, á pesar de haber sido inocente. Con sus chistes solicitó el amor de Fulvia, é hizo esparcir en Roma epigramas obscenos dirigidos